

YA BASTA, BENITO

El lío se armó cuando el conejito Benito decidió que quería más de todo.

—Papá —dijo Benito un buen día a la hora del desayuno—, quiero otra bicicleta.

Su papá lo miró por encima del periódico que estaba leyendo.

—Ajá, ¿y qué pasó con la bicicleta que te regalamos el año pasado para tu cumpleaños?

—Ay, papá —dijo Benito—, esa es del año pasado, y además es azul. Este año mi color favorito es el rojo.

Por lo visto, para Benito era muy importante conseguir otra bicicleta. Al fin y al cabo, estaba seguro de que su papá le había dicho alguna vez que «dos son mejor que una».

El papá de Benito se quedó mirándolo, pensativo. Pasaron unos momentos, y de pronto le respondió:

—Pues, si quieres una bicicleta nueva, tendrás que ganarte el dinero para poder comprártela.

—Pero, ¿y qué voy a hacer para ganar dinero? —preguntó Benito. Jamás en su vida había hecho algo así.

—Podrías ayudar a la ardilla Betina a recolectar nueces, o podar el césped de Josefa la comadreja. Hay un montón de cosas que puedes hacer.

—Muy bien, lo haré —coincidió Benito.

♦♦♦

Y así fue que Benito consiguió trabajo cortándole el césped a Josefa la comadreja y juntando frutos secos para la ardilla Betina. Dejó de salir a jugar con sus amigos después del colegio para tener suficiente tiempo para trabajar. Al poco tiempo había reunido suficiente dinero para comprarse una segunda bicicleta: se consiguió una flamante bici roja de carrera.



Todo el mundo en el colegio hablaba de las dos bicicletas de Benito. Crispín el puercoespín, que era su mejor amigo, le preguntó si podía ir a su casa a montar bicicleta con él.

—Tal vez mañana —le respondió Benito.

A Benito le encantaba que todos se fijaran en él a raíz de sus dos bicicletas, y muy poco después empezó a pensar en qué otras cosas se podía conseguir.

A Benito ya no le bastaba con tener una sola cosa de algo: había descubierto que le gustaba tener más de todo.

Convenció a su abuela para que le comprara otro par de orejeras, aunque estaban en pleno verano. En la cafetería de la escuela le pidió a Clarisa, la chef, que le sirviera una porción doble de papas fritas. Y luego, cuando fue al mercado, pidió el doble de todo lo que había anotado su mamá en la lista de compras.

Ese día llegó a su casa con dos sacos de papas, dos canastas de zanahorias, dos bolsas de azúcar y dos costales de harina. Tuvo que tomar prestado el carrito de compras del dueño del almacén para poder llevarlo todo hasta su casa.

—¡Válgame Dios! —Exclamó la mamá de Benito—, ¿en qué estabas pensando?

Benito le salió al paso diciendo:

—Siempre es mejor tener más que menos.

Estaba convencido de que era preferible tener más de todo. Además, le encantaban las papas, las zanahorias y el azúcar, de modo que pensó que asegurarse de que no se les fuera a acabar ninguna de esas cosas era una buena idea.



—Guardaré la comida de más en mi cuarto —ofreció.

—No te quepa duda —respondió su mamá—, ya que no hay suficiente espacio en la despensa.

Después de la cena, al entrar a su cuarto, Benito reparó en que cada vez había menos espacio. Hasta él mismo se sentía pequeño. Los sacos de provisiones, y todas las cosas «de más» que había comenzado a adquirir ocupaban tanto lugar en su habitación que, para abrirse paso hasta su cama, tenía que apretujarse y hacer contorsiones. *Parece que ha llegado el momento de conseguirme otra habitación*, pensó Benito mientras se quedaba dormido.

♦♦♦

Benito se despertó de mal humor: ¡había dormido pésimamente! Compartir cama con un saco de papas y sus colecciones dobles de juguetes no le había gustado en absoluto.

A la hora del almuerzo fue a sentarse junto a su amigo Crispín porque sabía que siempre que este lo veía triste, se esforzaba por levantarle el ánimo.

—¡Qué tal, Benito! —lo saludó Crispín, sorprendido de verlo.

Benito, desanimado, se dejó caer sobre el tronco que había junto al de Crispín.

—¡Uf, estoy de peor humor que nunca!

Justo en ese momento llegó Fabián el faisán.

—Con permiso, Benito. Crispín me dijo que podía acompañarlo a almorzar —dijo, sorprendido de encontrarse a Benito sentado junto a Crispín.

—¿Pero cómo puede ser? —Preguntó Benito, volviéndose hacia Crispín—. ¡Nosotros siempre comemos juntos!

—No es verdad —suspiró Crispín entre dientes—. Hace varias semanas que no me acompañas a almorzar. Y como me sentía solo, invité a Fabián a comer conmigo.

Crispín continuó:

—Pareciera que ya nunca tienes tiempo para estar conmigo. Solo piensas en cuántas cosas más te puedes conseguir. Empecé a pensar que tampoco te bastaba conmigo...

Furioso, Benito se marchó. ¡Crispín no entendía qué estaba sucediendo!

Benito se dirigió a su casa, pero al acercarse a la madriguera de su familia, percibió que algo andaba mal. El comisario Belisario y el bombero Homero se encontraban parados en la puerta de su casa con su papá y su mamá.

Apenas se acercó a su casa, su padre salió a encontrarlo y le puso la mano sobre el hombro.

—Hijo mío —suspiró en tono amable pero serio—, tu habitación se desplomó y destrozó la despensa que estaba justo debajo. El piso era lo bastante fuerte como para resistir el peso de tu habitación, pero no para soportar todo lo que habías almacenado ahí dentro. Tomará un tiempo reparar la despensa y arreglar el piso de tu habitación, de modo que tendrás que compartir cuarto con tu hermano por un tiempo.

Billy abrió la boca para decir algo, pero no pronunció palabra. Intentaba pensar, pero lo único que tenía en la cabeza era que había perdido a su mejor amigo, todo por un montón de cosas que habían destruido el suelo de su habitación.

—He observado cómo coleccionabas tus tesoros —agregó el papá de Benito— y me preguntaba si debía decir algo. Pero primero quería que te dieras cuenta solo de que adquirir más y más cosas no te haría feliz. Así como el piso de tu habitación no se construyó para aguantar todas esas cosas de más, en tu vida y tu corazón solo hay lugar para cierta cantidad de cosas. Si los llenas de cosas que no necesitas, no te quedará sitio para las cosas que sí necesitas en la vida.

Benito se acordó de Crispín.

—¿Como por ejemplo buenos amigos?

—Exactamente. Como tiempo para pasar con tus amigos.

—Entonces, ¿nunca sirve tener cosas de más?

—Se puede tener comida de sobra si es para compartir con otros, o para dársela a quienes la necesitan. Pero de no ser así, lo mejor es tener solo lo necesario.

Benito miró a su papá.

—¿Puedo ir a ver a Crispín? Hace mucho que no juego con él, y lo extraño.

—Claro que sí, hijo —respondió su papá, después de darle un fuerte abrazo.

Benito salió corriendo. Había perdido la mayoría de sus posesiones al colapsar el piso de su habitación, pero sabía que si tenía a Crispín de amigo, con eso bastaba.

Fin

